El jardín de Getsemaní

Es uno de los lugares más impresionantes que se visitan en Tierra Santa. Se halla en las faldas del Monte de los Olivos. No ha cambiado en el transcurso de veinte siglos. Al otro lado del Torrente de Cedrón, en lo que actualmente es la ciudad de Jerusalén, ciudades y civilizaciones se han sucedido; pero este jardín ha conservado casi la misma apariencia que en tiempos de Jesús y los olivos son –quizás– los mismos. El jardín contiguo al Cedrón, nos dice San Juan, era el lugar preferido de Jesús; «se fue, como solía, al Monte de los Olivos». Este es el jardín en el que Jesús, en su última noche en la tierra, pasó las horas más tristes y angustiosas de su pasión; en la que lleno de temor, eligió el sufrimiento y la muerte en la cruz tomando sobre sí todos los pecados de la humanidad: «Padre, si quieres, pasa este vaso de mí, espero no se haga mi voluntad sino la tuya». A este lugar llegó Judas con los criados del Sumo Sacerdote y entregó a su maestro. Todos los discípulos huyeron, dejándolo a El solo, cumpliéndose así la profecía «castigaré al pastor y todas las ovejas se dispersarán». Jesús fue arrestado, llevado a casa de Caifás y condenado al día siguiente.

En el Jardín de Getsemaní hay 8 olivos cuya edad se pierde en el tiempo. Algunos botanistas sostienen que podrían tener muy bien 3.000 años. El historiador Flavio Josefo relata que Tito, en el año 70, hizo cortar todos los árboles de los alrededores de Jerusalén. Si esos olivos escaparon al hacha, son contemporáneos de Jesús. Si no, son sin duda alguna, retoños de aquéllos bajo cuyas ramas Jesús oró en la noche de su agonía. «El olivo no muere». Y efectivamente, aún continúan dando fruto.

María Verónica Mas González



